

MILIO
FRUGONI

EMILIO FRUGONI

Los
Caballos
(Poemas)

MONTEVIDEO
URUGUAY
1960

1961

f 80
Al fino y alto espíritu
de Amintore Mauratorio, poeta
de exquisita sensibilidad
femenina, su admirador
y apuro amigo

Emilio Fregoni

Octubre 21 de 1960

Los Caballos

✓
EMILIO FRUGONI

Los Caballos

(Poemas)

MONTEVIDEO
URUGUAY
1960

OBRAS DEL MISMO AUTOR

(Poesía)

- "BAJO TU VENTANA". — 1ª Edición: Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes. 1900. — 2ª Edición: Librería de F. Vázquez Cores. Montevideo, 1900.
- "DE LO MAS HONDO". — Prólogo de José Enrique Rodó. — Talleres A. Barreiro y Ramos. Montevideo. 1902.
- "EL ETERNO CANTAR". — Editor: O. M. Bertani, Montevideo. 1907.
- "LOS HIMNOS". — 1ª Edición: Editor Manuel Pérez y Curis. Montevideo 1916. — 2ª Edición: Palacio del Libro. Montevideo. 1927.
- "POEMAS MONTEVIDEANOS". — 1ª Edición: Maximino García. Editor. Montevideo. 1923. 2ª Edición: Editorial "Claridad". Col. "Los Poetas". Buenos Aires. 1923.
- "BICHITOS DE LUZ". — Editorial "Apolo". Montevideo, 1925.
- "LA EPOPEYA DE LA CIUDAD". — (Nuevos poemas montevidéanos). — Editor: Maximino García. Montevideo. 1927.
- "LA CANCION HUMANA". — Ediciones de la "Sociedad Amigos del Libro Rioplatense". Montevideo - Buenos Aires. 1936.
- "LA ELEGIA UNANIME". — Introducción por Roberto Ibañez. Editorial Losada S. A. Buenos Aires. 1942.
- "EL LIBRO DE MARIA ROSA". — Edic. del autor. Montevideo. 1942.
- "POEMAS CIVILES". — Editores: "La Bolsa de los Libros" Claudio García & Cía. Montevideo. 1944.
- "SONETOS MIOS". — Edic. del autor. Montevideo. 1957.

PROEMIO

*Desde el caballo de Neptuno
que brotó de la tierra al golpe de un tridente
para correr en turbulentas olas
por las inmensidades del Océano,
y el no menos famoso de Darío,
y el inimaginable de Semíramis
hasta el de Martín Fierro y Santos Vega,
que en la mitología gaucha
viven en yunta de emoción criolla,
júntanse ahora en la tropilla anónima
que en este libro, torpe mano arrea.*

EXORDIO

El Uruguay nació a caballo.
Caballos lo rodeaban cuando abrió ante la vida
la mañana curiosa de sus ojos de fuego,
en la agreste región de tierra virgen
poblada de millones de reses trashumantes,
selva de guampas chúcaras
que el caballo guiaba
o vigilaba en ágiles tropillas
de inquietos potros. Iban y venían
trazando el cerco aéreo que las localizaba
para imponerles el salvaje rito
de la cuereada sobre
la ondulante pista de gramilla y de trébol,
alfombras de ese rígido oleaje
de sus colinas, las diez mil espaldas
del territorio puesto de rodillas
en actitud de adoración estática
bajo la azul inmensidad del cielo.

Y a lomo de caballo salió a correr la historia
el Uruguay, siguiendo al padre Artigas
en la aventura bíblica del Exodo.

Y así viene del fondo de los tiempos
esta hermandad del gaucho
con el caballo que lo complementa,
que es su herramienta viva,
su confesor y confidente a un tiempo mismo.
También la trajo a la ciudad el Prócer
de la rienda, desde su destierro,
y aquí la retenemos encendida
entre el feroz tumulto urbano,
huracán de motores y relámpagos,
celada en nuestro corazón criollo,
hispanico y latino,
como una luz sagrada,
como un mandato místico.
Y ante ese altar del alma
dejo caer, como una humilde ofrenda,
estos poemas en que canto
a ese protagonista mudo
pero elocuente.

Tan franciscanamente hermano.

1

EL FLETE DE LA PARTIDA

Ya está a mi puerta el caballo
ensillado que me espera.
No ignoro que está impaciente
sacudiendo la cabeza
y pegando con los cascos
golpes de aldaba en la acera.
Dentro de poco saldré
a cogerlo de la rienda
y a montarlo de un impulso
afirmado en la estribera,
y me alejaré en silencio
para siempre y sin tristeza
al galope del caballo
que está aguardando a mi puerta.

EL CABALLO DE ARTIGAS

Ese que está en el bronce vino de Europa un día
a instalarse en la cumbre
de la Cuchilla Grande que cortando los campos
de la patria atraviesa la historia desde el Norte
hasta el Sur como un lazo
de tierra y pasto verde y en la ciudad se cubre
de hormigón y de torres para arrimarse al cielo
sosteniendo en su más erguida loma
el caballo que monta José Artigas
para surcar los siglos en el piélago
de su inmortalidad y de su gloria.
El Héroe lo condujo al frente de su pueblo
cuando buscaba asiento para el impulso en armas
("más en almas que en armas")
en trance de labrarse un destino de estrella
en la constelación del Continente.
Con él ganó batallas y soportó derrotas
y guió retiradas y llevó a cabo avances
para al fin exilarse silencioso
en las selvas profundas del Paraguay, que abrieron
sus brazos para darle todo el caudal de sombra
que la brasa de su alma dolorida anhelaba.

Y allí, junto al devoto, nobilísimo Ansina,
tuvo para sus días de trabajo sin tregua
el caballo que quiso en la hora de la muerte
hallar junto a su lecho otra vez ensillado,
viéndose el Héroe al frente de su pueblo aguerrido
acampado en sus tiendas, en la Banda Oriental.
Su caballo lo vio morir, inmóvil. Y agachó la cabeza
mientras Artigas descansó la suya
en la ola de sombra de la muerte.

EL CABALLO DEL INDIO

Noble hermano del hombre, sobre tus cuatro patas
la historia anduvo siglos recorriendo el planeta.
En las ancas llevabas el porvenir del mundo
y tus cascos labraban caminos en las piedras
para abatir distancias de horizonte a horizonte,
y alas con tu galope le pusiste a la tierra.

Devorando el espacio con tus fauces ansiosas
cruzaste campos, ríos y desiertos y selvas
y no hubo sin tu parte de dolor y de gloria
en los pueblos guerreros memorables proezas.
Cuando se alzó a los ojos de la asombrada Europa
el Nuevo Mundo grávido de infinitas promesas
tú como un genio mágico desembarcaste un día
en medio del misterio de las playas de América
traído de la mano del invasor hispano
como la más temible de las armas secretas.

Y aquí en la tierra donde los bravíos charrúas
vivían libremente su destino de sueltas
aves que recorriendo los montes encontraban
el fruto apetecido o el ñandú en la pradera,
o el pesado carpincho o el ligero venado

que alcanza el cimbronazo de una flecha.
No les faltaba nunca ni fallaba el relámpago
del resorte de hierro de sus músculos
en la vital hazaña diurna de la floresta.
Y con sus largas lanzas de tacuara
y el sorpresivo rayo de sus flechas
y sus arrojadizas boleadoras fueron
un elemento de la naturaleza.

Pero llegó aquel día funesto que narrara
en su castizo verso Martín del Barco Centenera.
Tu presencia imprevista en infernal falange
solamente de doce endemoniados seres
fué un rayo de estupor e irresistible fuerza.
Y allí quedaron muertos Abayubá, Taboba,
Zapicán y Anagualpo.
Tu trajiste el centauro mitológico
a imponer el milagro en la pelea,
y como un Poseidon con tu "Quos Ego"
dabas fin contra el indio a la tormenta.

También fuiste del indio, sin embargo,
cuando pobló Hernandarias los campos sin tranqueras,
el más precioso aliado,
la más ágil y viva de sus herramientas.
El charrúa a tus lomos se ha prendido,
tenaz araña amarillenta
de músculos de acero y de nervios eléctricos,

que recorre los campos con galopes de leguas
seguida por los perros cimarrones
todo hueso y ladridos,
que aúllan en la noche con voces agoreras.
Los caballos del indio y los del gaucho
abrieron los caminos de la patria de Artigas.

¡Descubrámonos, pues! Son cosa nuestra.

2

EL CABALLO BLANCO

En medio de la noche, brotado de los pastos,
grito de luz y plata detenido en la sombra,
un gran caballo blanco surgía de repente
como una estatua, rígido, en lo alto de una loma,

Todo el campo expectante en la extensión sin límites
se tendía a sus cascos bajo la inmóvil comba
del firmamento en extásis con sus ojos de estrellas
por los cuales al mundo la eternidad se asoma.

Toda la soledad del ámbito infinito
se agrupaba en silencio, palpitante y medrosa,
en torno de la erguida visión que dominaba,
al fulgor de los astros, la inmensa quietud cósmica.

El caballo miraba hacia la lejanía
abriendo con sus ojos sendas a su ansia angostas.
Entretanto escuchaba el galope del viento,
corcel inalcanzable que cabalgan las sombras.

Oía los lejanos rumores de la noche,
y en torno de él venían en marcha silenciosa
a ponerse al alcance de sus ojos sonámbulos
en tropel las yeguas que su relincho acosa.

Las cuchillas de plácidos lomos esmeraldinos,
las sierras que se crispan con árboles y rocas
a dentellar el cielo; los arroyos que sueñan
bajo los camalotes; los ríos que retozan;

las lagunas que se abren a recibir el cielo
entre los retorcidos abrazos de sus costas.
Los montes, grandes nidos de alimañas y pájaros
donde el matrero esconde sus fugas azarasas.

Los caminos que ponen vendajes a los campos
y van dejando al margen poblaciones anónimas,
y enhebrando villorrios abaten la distancia
y hasta las puertas llegan de la ciudad remota.

Los potreros que alisan ganados trashumantes
y la gramilla rústica con su verdor alfombra
y que las caballadas en ariscas tropillas
cruzan mientras el día las piala con su sombra.

Las tropas que el tropero va arreando con el pecho
de nerviosos caballos que el novillo no afronta;
las carretas de bueyes y el carrero que silba
y el caballito rudo que hasta durmiendo trota.

Los gauchos y las chinas que humildes entrelazan
sus pequeños destinos en tan extensas zonas;
las peonadas de estancia en sus duras faenas
y los caballos mártires de la yerra y la doma.

Enteras las estancias con sus hombres curtidos
de contornear rodeos de mil guampas briosas,
con sus dulces majadas que entre el mar de los pastos
ponen su blanca espuma como indolentes olas.

El vuelo de los lazos tras las reses en fuga,
el mugir de los toros que su urgencia pregonan,
el ladrar de los perros porque llega el crepúsculo
y en la chacra las vacas del potrero retornan.

Las fiestas campesinas con sus tiros de taba;
sus chinas ofreciendo empanadas criollas
al pie de las carretas, desuncidos los bueyes;
las payadas en rueda y el facón que las corta.

Las carreras que atraen los criollos del pago
y también de otros pagos rivalizando en montas,
y en los andariveles desatan de los pingos
el ciclón que persigue la reñida victoria.

Los milicos montados en ruines caballejos
que los paisanos miran con despectiva sorna
exhibiendo sus fletes en lindos escarceos
que las prendas realzan del apero lujosas.

La antigua pulpería con su reja de hierro
con sus lentos clientes que en charlas se demoran
mientras afuera aguardan, atados al palenque,
matungos que se espantan las moscas con la cola.

Las granjas con sus huertas y sus pesados carros,
sus prósperos corrales, sus verdes viñas prósperas,
sus molinos que giran junto al pozo del agua,
sus rondanas que gimen y sus baldes que lloran.

Todo en aquel minuto que eternizó la noche
con su beso de escarcha de luna entre las sombras,
se concentró en la unánime unción del homenaje
rendido en un relámpago de emoción jubilosa.

Hizo temblar la noche con el clarín de sangre
de su relincho el potro; dando al viento su gloria
e hiriendo con sus cascos el atabal del suelo
grupas volvió al oriente que era una línea roja.

Y llevándose el alba en las ancas perdióse
detrás del horizonte en la extensión brumosa
que a salpicar de ruidos empezaron al punto
los duendes invisibles que en la alborada rondan.

Y así el instante mágico, profundo, inabarcable
en que el potro enigmático con su cabeza hermosa
y sus crines de plata, fue el centro de la vida
y el misterio del campo, se disipó en la sombra.

EL CABALLO NEGRO

Era un caballo de ébano luciente
lustrado por el sol y por la lluvia.
Andaba suelto por el campo y solo,
tallando en noche viva su escultura.

Su airoso andar adoctrinaba el viento
imprimiéndole el ritmo de una música
para los ojos, y sus pasos eran
sobre el verde tapiz negra escritura.

Absorta la pradera lo miraba
cruzar trotando por la tarde muda
y ya su sombra habíase fundido
de su lustroso pelo en la negrura.

Era el místico instante en que se apagan
todas las voces bajo la ancha curva
de un cielo desde el cual baja el crepúsculo
a la faz de la tierra taciturna.

En ese instante el animal tenía
algo de misteriosa criatura
que concentraba en su inquietud nerviosa

toda la soledad, toda la angustia
de la extensión sin árboles, sin gentes,
donde el tiempo rodaba sin premura.
Se detuvo un instante sorprendido
acaso por el soplo de alma rústica
que le llegaba desde el campo todo
y desde el cielo en vespéral conjura.

Un rayo oblicuo de la tarde vino
de sus pupilas a sondear la hondura
y en centellas sus ojos transformados
de súbito incendiaron la penumbra.

Oteó la solitaria lejanía
y escuchando una voz remota y suya
partió de pronto en fúlgido galope
y se perdió de vista en la llanura,
dejando tras de sí, como un reguero,
la llama negra de su estampa oscura.

TRAGEDIA SIN PALABRAS

Un alazán dorado a fuego,
(El fuego interno de sus propias venas),
tostado por el beso de las llamas
del sol de estío en la llanura abierta
que le tocaba recorrer desnudo
de toda sombra en la extensión inmensa,
urgido por el látigo de azufre
que restalla en su lomo la tormenta
al descolgarse sobre los relámpagos
de sus relinchos donde el viento tiembla.
Al galope frenético del potro
desesperado que en la noche densa
corta las sombras y transporta encima
a horcajadas la noche turbulenta
que va cogida a las revueltas crines
y clava en los ijares sus estrellas.

El alazán dorado a fuego
corre tendido tal como una flecha
que entre la oscuridad más se adivina
que se percibe, y deja
detrás de sí los ecos temblorosos
de sus relinchos cual si fuesen piedras

que saltan arrojadas de sus cascos
al golpear contra la dura tierra,
desafiando a las nubes que recogen
el reto y desgarrándose las venas
arrojan los raudales de la lluvia
para apagar los fuegos de la tierra.
Y el fogoso alazán, vibrante llama,
horadando la noche y la tormenta
se pierde por las sombras sumergido
y no retorna más a su querencia.

EL CABALLO COLORADO

En torva sangre bañado
y hecho trizas el apero
saltó del fiero entrevero
un caballo colorado,

Ascua roja crepitante
del incendio desprendida,
campo buscando a la vida
disparó campo adelante.

Rayo que de una tormenta
de pasiones se fugó
un relámpago trazó
de espuma sanguinolenta.

La espuela que lo azuzaba
alas poniéndole al flete
no era la de su jinete
que al andar se desangraba.

No era el instinto profundo
de conservación ni el miedo
de morir sino el denuedo
de salvar a un moribundo.

Corría de ágil manera,
mas su galope tendido
cuidaba de que al herido
no dañase la carrera.

El hombre apagó su anhelo
en la agonía tremenda.
Su mano soltó la rienda
pero él no se vino al suelo.

El corcel sintió al amigo
morírsele en el recado
y puso el andar pausado
para llevarlo consigo.

No tardó el rauda tropel
de fieros perseguidores
en llegar entre clamores
al pingo y su coronel.

En seguida los rodearon
con intenciones aviesas
pero se quedaron tiasas
las armas y no atacaron.

Un callado horror sangriento
el cuerpo del hombre era
y al mirarlo hasta a una fiera
se le cortaba el aliento.

Y el caballero que estuvo
despilfarrando bravura
sobre esa cabalgadura
que la muerte no detuvo;
así como aquel suicida
corcel que en el trance infausto
daba al hombre en holocausto
de fidelidad su vida,
sólo respeto inspiraron
a los combatientes rudos
que conmovidos y mudos
alejarse los dejaron.

El crepúsculo caía
y el campo quedaba atento
al largo y triste momento
en que el caballo volvía
por el camino ese día
silencioso, a paso lento.

EL CABALLO DEL TROPERO

El grito de los troperos: “jopa, jopa, jopa, jopa” . . . se oye rítmico, insistente, monótono y acucioso y se estira como un lazo sobre el lomo de la tropa, que en vez de enlazar hostiga con su apremio sin reposo.

Es un crujido de alas de caranchos cuyo empeño es volar a ras del campo rozando las cornamentas para espantar de los ojos de los novillos el sueño y avivarles el andar a las patas soñolientas.

El caballo del tropero recorre de punta a punta la muchedumbre de reses vigilando el derrotero, y a la que va rezagándose y a la que dispara, junta trayéndolas a su lado el rebenque del arriero.

Cuando va arreando balidos y apretujados vellones adquiere un aire sensato de monitor diligente que le permite al tropero pastorear sus reflexiones mientras él asume el mando como su lugarteniente.

Bajo el crepúsculo pasa y aun en la noche la tropa, camino de los corrales o del fatal matadero, empujada desde el aire por los “jopa, jopa, jopa!” fantasmas que trae a cuestras el caballo del tropero.

EL CABALLO DEL CARRERO

Nave del campo, oscila entre la tierra y el cielo
al caminar sobre sus altas ruedas
tal como un barco sobre las redondas
espaldas de las olas trashumantes.
Su lento andar aplasta en el camino
las agrias quejas de su propia sombra
y el rechinar humano de sus ejes
que siguiéndola va como el gruñido
de un perro encadenado que la hostiga.
Ondas son de su viaje las colinas
cuya inmovilidad surca el navío
que un hombre y su caballo van guiando
con cadenciosos gritos y maniobras
de caña de tacuara.
En torno de ese viaje quejumbroso
de ruedas y velamen,
de cuero y lienzo donde
el viento empuja rudo y se detiene
a que lo hamaque con su andar la nave,
y adelante y al lado y detrás de ella
el carrero vigila los azares
del viaje y lo regula

con el pico de pájaro impaciente
de su picana alerta.
Y el caballejo pone en la aventura
de paso lento y abrumante carga,
nerviosidad de músculos ansiosos
de tenderse y vibrar cuando lo excita
el despertar de la mañana
con el filo del viento que madruga.
Y su áspero relincho picanea
los bueyes y se va como una flecha
a clavar en los aires deseoso
de enhebrar horizontes.

Cuando el día se adueña de los campos
con su puño de fuego
y los bueyes se sienten abrumados
por el calor y el polvo y el camino
que se les ha trepado sobre el lomo,
el caballo mantiene
despiertos los tizones que se apagan,
conduciendo de un lado para otro
el picotear de la picana.
Y la carreta continúa
quejándose con toda su osamenta
y su alma peregrina.
Hasta llegar al corralón umbroso
donde podrá permanecer inmóvil
bajo el azul silencio de la siesta,

tendido por el sol sobre la vida
del campo todo con sus horizontes
tras de las cuales el destino aguarda.

Y el caballo de pie y en su pesebre
desmontado del hombre y su fatiga,
es un alerta en guardia que descansa,
para estar pronto a proseguir el viaje
atravesando con su tranco el día.

ASAMBLEA INVEROSIMIL

En concurso fantástico vinieron a reunirse
los caballos del mar, del sol, del viento
en el campo de un sueño vigilado
por la curiosidad de las estrellas.

Desgarraban la túnica del aire sus relinchos
del uno al otro extremo.

Su galope golpeaba inmensamente
el parche del planeta,
multiplicando más allá de todas las distancias,
el trueno.

Los del mar, empujando con sus patas frenéticas
las ruedas de agua clamorosa y blandiendo
sus melenas de espuma, se arrojaban
a destrozarse el pecho con las rocas
de las orillas donde arteras sirtes

entonaban sus cánticos engañosos y siniestros.

Los del sol transportaban las antorchas
de sus fauces de fuego

sobre el carro arrastrado por la ardiente cuadriga
que trilla con sus cascos de oro el firmamento.

Y atropelladamente, con impulso de furias
que encrespaban las iras del mar y dispersaban

las hojas de los árboles y arrancaban sus brazos
y sus troncos, los caballos del viento
arrebataban la cabellera de los bosques
y se revolcaban en la tierra
ululando en los desfiladeros de las montañas
y en las soledades lóbregas de los desiertos.

Y llevando su asalto a las casas del hombre
se encarnizaban con su techo
y tumbaban las torres en las ciudades
con infernal estrépito
y jugaban con las nubes
empujándolas hacia el infinito.

Y se burlaban de los látigos de la lluvia
y de la admonición de los relámpagos
y de las estocadas del rayo.

Se complacían en destrozar los jardines
reduciendo a muñones trágicos los árboles,
y en deshojar y pisotear las flores
con sus dientes y con sus cascos.

Y en abatir las espigas de los trigales
robando el pan al fuego que aguardaba
en los hornos agazapado
como un lucero amigo entre las brasas
del campesino hogar donde se vive
una pequeña vida de penas y trabajo.

Y al mismo tiempo los caballos de la tierra
en los campos y las ciudades
se quedaban ceñidos a la suerte del hombre
despiadadamente utilizados
para al fin imponerles, a veces, la condena
de morir de hambre en los caminos
donde arrastraron, viejos ya, sus fatigas
desde el alba al ocaso.

Pero también el hombre,
el diabólico genio del señor del caballo,
inventó otros caballos que le sirven
sin nervios y sin alma desde el antro
de motores de hierro. Es el milagro
de las tremendas fuerzas naturales. Don de los dioses,
pues aquellos no sienten, no sufren y no gozan. Esos caballos
son diabólicamente, al fin, abstractos.
Y devoran kilómetros arrastrando quintales.
Y viven su latido en el hueco de un puño
de acero, que las ruedas innúmeras agita
en los trenes fantasmas
y desata los viajes de los aeroplanos
por encima de cumbres y de nubes
para horadar el tiempo
trastrocando el correr de las horas,
burlando la noche y el día

en fuerza de hurtarles el cuerpo
en la pista sin fin del espacio.

Caballos de fluido, de vapor y de humo,
de chispas y rayos,
no es para ellos la emoción que vibra
ante los humildes hermanos del hombre
que canta mi canto.

Su fuerza es la fuerza de los elementos
bien disciplinados que lleva el progreso
prendido a la ciencia ¿cómo no admirarlos?
Pero no podemos poner en su lomo la tierna caricia
que nos reservamos para el fiel cuadrúpedo
que se hermana al hombre,
quien no siempre es bueno para el gran aliado.
Porque para usarlo como una herramienta
en el potro lima las glorias del sexo.
Y él es tan sumiso a la razón del hombre
que no se rebela a su destino eterno.

FRUSTRADO INTENTO

El fuerte caballo blanco
era una escultura viva
de dura nieve que el sol
de la mañana bruñía.
Pastando plácidamente
con lentitud se movía
por el campo esmeraldino
de trébol y de gramilla.
De pronto, desde unos árboles
cómplices cayó encima
el negro borrón con alas
de un tordo, que él no veía
paseársele por el lomo
y las ancas con levísimas
pisadas casi volidos;
y se le juntó en seguida
la hembra, y eran cuatro alas
agitándose allá arriba
de la escultura de nieve,
como brotadas de prisa
en el cuerpo del caballo
para intentar con malicia

la aventura de volar
¡ay, siendo tan pequeñitas!
a los lomos de un Pegaso
graciosamente adheridas,
llevándose consigo
por los aires, las muy pícaras.
Se fueron decepcionados
los tordos; y en la magnífica
mañana siguió pastando
por la pradera, sin prisa,
el recio caballo blanco,
andante escultura viva,
que nunca soñó en volar
sobre el suelo en que pacía.

VAGABUNDOS FAMELICOS

La crueldad del hombre es infinita.
Vedla en la sombra errante de los pobres caballos
que vagan sin hogar, enormes niños
abandonados.
Quitados del amor y luego del trabajo,
al fin son retirados de la vida
como viles estorbos, a morir condenados.
Cuando llegan a viejos
llevan su sombra a rastras,
como caída
de su propio interior, bajo sus patas.
Se cierne sobre sus pasos y la abatida frente
el castigo implacable de la maldad humana
que los condena a ese vagar con hambre,
con tristeza y con miedo,
al gris azar de los caminos
y en los suburbios, donde crece el pasto,
se les ve procurando su alimento
con avidez y con cautela
entre el albor, color de frío,
de las crudas mañanas invernales.

Despojos que entre puños de codicia
dejaron lo mejor de cuanto fueron
en la fecunda gloria de sus días
de generosidad y de vigor. Y hoy nadie
les devuelve los bienes y riquezas
que en miles de jornadas prodigaron.
La feria de la furia ciudadana
los persigue con las urgentes voces
de las bocinas de los autos,
de la urbe en los aledaños
por donde se les ve ambular como fantasmas
y estorbos extraviados.
Y ellos ya no tienen fuerzas
para huir de quienes los hostigan
con sus pedradas, sus bocinas y sus voces
frenéticas.
Legión de almas en pena
son ¿por qué no? esos seres
que cargan silenciosos su destino de sombras
viendo correr el cenagoso río
de la existencia por interminables
carreteras y tortuosos caminos
a cuyas márgenes se hunden,
miseros náufragos.

EL CABALLO DE CARRERA

Es un esquiife de carne y hueso
todo tendones, músculos, nervios,
con largas patas bien modeladas
(sus rapidísimos y firmes remos)
que lo desplazan ágiles, fuertes,
mientras el público se agolpa a verlo.

Cuando le toque partir fulmíneo
a disputar el ansiado premio,
abalanzándose sobre la pista
será una rauda flecha en el viento
que irá a clavarse en su propia frente,
si no ha podido ser más ligero.

Obra de arte, la forja el hombre
para sus propios fines perversos.
Cumple un destino que lo devora
mientras airoso exhibe soberbio
viva escultura que en la carrera,
entre las ráfagas del movimiento,
despliega líneas que van trazando
cinceles mágicos en su ágil cuerpo
tallado en mármol con vetas rojas,
que arde en su fuego.

LAS CABALLADAS

Multitud borrascosa de baguales,
marejada de grupas sobre las cuales
revoleando relinchos
surgen cabezas
que impacientes pescuezos enarbolan
al ritmo de las patas que abaten pastizales,
y alzan la polvareda en los caminos.
Ahí van el que ha de ser,
marcado a fuego,
lujoso pingo de un señor de estancia
o un caudillo rural
o un alto jefe de la policía
o comandante de algún regimiento,
que afirma su prestigio en la apostura
del orgulloso parejero "entero",
que ha eludido el ultraje
del sacrificio bárbaro del sexo.
También el destinado
a ser trabajador, sin más ni menos,
proletario, sin prole, de los campos
en las faenas de la estancia
o prendido a los carros y al arado
de las chacras.

Ahí van los héroes de las justas criollas
de las domas y las jineteadas
en que habrán de medirse con el hombre
en luchas donde el bruto enardecido
por la brutal injuria del talero
y el diente de la espuela sanguinaria
se revuelve furioso bajo el rudo
castigo que frenético acompaña
con su bramar un público que sigue
las fases del encuentro sin cordura,
azuzando al intrépido jinete
con frenesí de fieras en el bosque,
y éstas se ven de fiesta en una plaza.

Las caballadas de la guerra
civil también son esas
que despliegan la enseña del trabajo
en las penurias y en las glorias mínimas
o máximas del agro.

Oscuros y esforzados campesinos
ellos también fundieron en la historia
su heroísmo con el de los guerreros
más mentados.

Si el caballo figura en nuestro escudo
es porque se metió en nuestro destino
desde abajo.

Consigo trajo el alma,
toda el alma del campo
abierta como un par de alas de tierra
que va ceñido al curso de los astros.

4

ESCAMOTEO

Sobre un caballito blanco
que era de plata bruñida
pasó al trote campo afuera
por mi lado en la cuchilla.
Me volví para mirar
lo bien montado que iba,
pero ni a él ni a su caballo
mis ojos los descubrían.
Al caballo y al jinete
ahí no más se los había
tragado la tierra, apenas
pasaron en cuesta arriba
por la loma tan taimada
que a gatas sobresalía.
Pero de pronto los ví
asomar tras la colina
como surgiendo del fondo
de una misteriosa sima.
Y allá por el polvoriento
camino los dos se iban
sin sospechar que la tierra
tragado se los había.
Que así los duendes del campo
nos burlan con su malicia.

EL POTRILLO TORDILLO

Mira con qué gracia
mueve el caballito
de color de nieve
su pescuezo fino,
sus ágiles patas
sus ancas de armiño
su cola de bruma
en el viento frío
de la mañanita
que atraviesa erguido
caracoleando
danzarán y altivo
llevando a la niña
de abundantes rizos
de oro, que lo azuza
con un latiguillo
de cabo de plata,
y punzantes gritos.
Mira cómo corre
ya por el camino
por entre la sombra
de los verdes pinos.

Trota alborozado,
desata un relincho
blanco y tintinante
que acompaña el ritmo
de su corto paso
ingrávido, aligero.
Tiene alas de pájaro
el pequeño pingo
cuando entre los árboles
enhebra su fino
cuerpo de escultura
del suelo evadido.
Tiene algo de rayo
de sol divertido
que pone su risa
sobre los caminos
bajo el aleteo
de los eucaliptos.
La niña lo esgrime
como un junco limpio
contra la distancia
que atrae su capricho.
Corre, corre, corre
retozón y arisco.
Cuando aquieta el trote
deleita a los niños
que miran sus cascos

pequeños, bonitos
percutir el suelo
como entretenido
en tocar las teclas
de un piano caído.
Y en torno de él danza
contento el bullicio
del jardín que ríe
con todos sus trinos,
con todos sus pétalos,
con todos sus gritos,
que el trote acompañan
del albo potrillo
con crines oscuras
que un hada ha teñido.
Corre con tu nieve
viva, caballito,
con tus grandes ojos
curiosos y pícaros,
que al jardín encantan
y lo vuelven niño.

AL GALOPE

Un relincho de mi flete
clavó su lanza de oro
en el corazón del alba.
Se dolieron los chingolos
y el alerta de los teros
nos revoloteaba en torno.
El galope golpeaba
el tambor del suelo sordo
donde la gramilla húmeda
ablandaba los corcovos.
Todo el espacio venía
a vernos a los dos solos,
y hasta el viento iba siguiéndonos
por las cuchillas, curioso
de saber adónde íbamos
impacientes y gozosos.
Agil el pingo estrellero
compartía mi alborozo,
y bastaban los latidos
de mi corazón ansioso
para azuzarlo al correr,
como espolines sonoros.

El me entiende y yo lo entiendo,
sin hablarnos, uno y otro
un diálogo mantenemos
en el viaje y el reposo.
El sabe cuando estoy triste,
qué pienso en mis soliloquios,
y descubre mi alegría
como un secreto en mis ojos.
Camina, cuando me lleva
enorquetado en su lomo,
con cierto orgullo tranquilo
que le da gallardos modos,
como diciendo: "Aquí va
mi patrón: mirad qué tonto!
Cree ser mi dueño y mi guía.
Mi protegido es tan sólo."
Vamos, vamos, zaino amigo,
que ya el sol, siempre envidioso
de tu rápida carrera
que cruza el día en un soplo,
te arroja piales de sombra
desde el horizonte rojo.
Sigue, sigue pingo mío,
aunque el sol, alto y rabioso,
nos castigue en campo abierto
y en los caminos de polvo.

Descansaremos un rato
en el monte del arroyo,
bañándonos en la sombra
de talas y de algarrobos.
Podrás pastar trébol fresco
mientras a matear me pongo
después de hacer con ramitas
la cama a un lucero blondo
que voy a arrancar de un leño
que frotaré con un fósforo.
Sestearé con la cabeza
en el basto, sobre el poncho,
con las prendas del recado
de colchón. Y veré pronto
la tropilla de los sueños
pasearse sobre mis hombros,
revolcándome entre nubes
y llevándome en sus lomos
hacia adentro de mí mismo
o a sitios que no conozco.

Volveremos a emprender
la marcha al galope corto.
Nuestra alegría estará
metida más en lo hondo,
e iremos por los caminos
rumiándola poco a poco.

La tarde vendrá trayéndonos
sus sonidos melancólicos,
el chirriar de una carreta
por el camino monótono,
el canto de una calandria
desde un sauce junto a un pozo,
el rasgueo de una ráfaga
en los alambrados flojos,
el silbido del carrero
punzando ladridos roncros,
un lastimero mugido
desde un potrero remoto . . .
¡Que no nos ate el crepúsculo
con sus tientos misteriosos!

VIAJE NOCTURNO

Estoy parando rodeo
de estrellas mientras avanzo.
La noche se ha adormecido
en una embriaguez de luna. La luna volcó su cántaro
de cobre resplandeciente en el aire deslumbrado.
Todo el cielo se me viene encima con su espectáculo
maravilloso y su inmensa bóveda de azul y astros
y su carrera de bólidos que atraviesan desde el fondo
del misterio los espacios
con estocadas de leguas
en el guiño de un relámpago.
Desde el arroyo acompañan
las ranas el ágil paso
del caballo que me lleva
al trote corto. Un silbido
se desprende y se desliza de mis labios.
Es el sonido del humo perezoso del cigarro
que en la noche
una estrellita me trajo
a brillar entre las sombras
del monte mientras descanso
después de parar rodeo
de estrellas con mi caballo.

LA YEGUADA

Tropel azuzado por los rebencazos
y la gritería de los conductores,
gira sobre el barro y en la húmeda tierra
salpicando cieno, corre. . .

Yeguas condenadas a sucias fatigas,
proscriptas del cielo y de los amores
cumplen su destino de amasar el barro
para los ladrillos del hogar del hombre.

Los gritos que hostigan su correr aumentan
con un subrayado de impiedad el torpe
imperio sin alma que mueve esa rueda
con una incesante tempestad de azotes.

Luego los ladrillos que están en los muros
del hogar del hombre, tal vez en la noche
su sueño interrumpen con el misterioso
eco retumbante de esas agrias voces.

LA DOMA

Sobre un volcán de corcovos
que dispara a campo abierto
el gaucho va en una nube
de rebencazos envuelto.
La tenaza de sus piernas,
con sus músculos de acero,
lo adhiere al bagual que bufa
dando saltos hasta el cielo.

La extensión del campo verde
se abre ante aquel entrevero
de relinchos, talerazos,
crines de cola y pescuezo,
banderas que se deshacen
en ciclón de bellaqueos.

Sobre ese montón de furias,
nudo vivo, puño recio
que va dando puñetazos
desesperados al viento,
el domador se sostiene,
aguardando que los tientos
de la fatiga contengan

ese vendabal frenético,
aquella tormenta chúcara
que lo arrebató en un vuelo
de retohos repetidos
bajo el rigor del talero.

El hombre se va borrando
en el nubarrón que el viento
de los corcovos le forma
agitándolo, envolviéndolo
en un zumbido de trompo
que enrolla su movimiento,
para que se vuelva impulso
disparado desde adentro.

Se va borrando como hombre
tornándose por momentos
centauro, pegado el torso
al estremecido cuerpo
del animal, que ha metido
la cabeza entre los remos,
para que sobre su lomo
se yerga el hombre soberbio,
con la frente bajo el ala,
echada atrás, del chambergo.

(Un ser de mitología
potro y domador se han vuelto.

El alma del hombre forja
en la síntesis del cuerpo
con los dos seres un ser,
hijo, hermano, compañero,
que los llevará piafando
por el espacio y el tiempo...)

Al fin el sudor que baña
al potro, apaga sus fuegos.
Siente el dominio sin tregua
de la mano de su dueño.
Cada vez menos arisco,
suspende su andar revuelto,
y se aviene a retornar
hacia las casas, sereno,
con un galope liviano
que quiere decir: Me entrego...

LA MUERTE DEL CABALLO

El caballo estaba quieto sobre la calle tumbado.
Raudas ráfagas del tránsito volaban por su costado.
El cuello con la cabeza levantada todavía
de su cuerpo moribundo extrañamente surgía,
obstinado mástil vivo de aquel barco que se hundía
náufrago en un mar de sangre más que purpúrea, sombría.
La expresión de su mirada más que un grito de agonía
era una ciega pregunta tirada a la tarde fría
como un arpón de tristeza que se clavaba en el viento.
Y ya la muerte las patas maneábale con su tiento.

De los ojos asombrados brotaba la luz de un llanto
todo estupor silencioso que se iba en sangre entretanto.
Me detuve a contemplarlo mordiendo mis propias penas
que viniéronme a la boca desde el fondo de mis venas.
Ya nadie se detenía desde la acera cercana
frente al vulgar patetismo de esa desventura urbana.
Hasta los niños seguían su camino indiferentes.
Los vehículos cruzaban como centellas rugientes.
Era el caballo de un carro que transportaba quintales.
Largos años de fatiga y malos tratos brutales
acumulados encima de su lomo y su osamenta
concluyeron por volverlo una piltrafa sangrienta.

El ciclón de un automóvil que no pudo hacer un alto en su fuga torpemente lo abatió contra el asfalto. Ya a pisar no volvería la calle que antes a diario conoció su recia estampa de percherón estatuario.

De pronto vi que llegaban desde remotos confines mil congéneres bichocos, matungos, tristes rocines, a rodearle en el momento de la postrera partida y darle en silencio, inmóviles, la suprema despedida. Vi acercarse una pradera con su radiante gramilla donde un potro, fuego y nieve, retozaba en la cuchilla dando sus crines al viento y rasgando la mañana con el clarín de un triunfal relincho como una diana. Lo vi salir al encuentro de una ágil potranca oscura que iba recorriendo el campo con alas en la cintura y con saltos de gacela se trepaba a una barranca para incendiar los potreros con sólo mover el anca. Fogatas de rojo instinto venían a acorrallarla corriendo tras sus revuelos sin conseguir alcanzarla. Llegaban a darle alcance cuando al fin se detenía y el celo de tantos potros al cabo la defendía. De pronto el cerco de fuego cortaba un recién llegado que de la yegua se puso desafiante al costado. Es un potro pangaré de grandes ojos de llama que con soberbia postura se adueña de lo que ama. Y sacando a la potranca del cerco de ansias voraces se la lleva descargando coces a los más audaces.

Lo que siguió fue una escena digna de que un escultor en mármol la eternizase como una estatua al amor. Al amor de carne y hueso, de instinto y dulce fiereza en que se estremece unánime toda la naturaleza, pues todo el campo alcanzaba al glorioso acoplamiento el perfume de sus pastos en los sahumeros del viento, y palpitando ofrecíale, bajo el cielo azul profundo, el amparo de su pecho en que se recuesta el mundo.

El patético destino de ese cuadrúpedo humano que se iba hundiendo en las aguas de un tenebroso oceano, que se iba después de mucho trajinar por los caminos, era el de innúmeros seres que soñaron con destinos gloriosos, y al fin cayeron en azarosa jornada, jamelgos de picador que mueren de una cornada, en la plaza rumorosa, llena de júbilo y gritos, donde efímeras victorias, de las que ya están proscritos, alzan arcos de triunfo en honor de los toreros que antes lucían, montándolos, su garbo de caballeros. Las músicas de la plaza amortajan su agonía. Nadie más se acuerda de ellos en medio de esa alegría.

El caballo ya expiraba en la calle, sin testigos. Atravesando la tarde se alejaron sus amigos.

EL RELINCHO

Vino rodando en el silencio oscuro
de la noche invernal desde muy lejos.
De restregarse en la distancia ardía
hasta trocarse en ráfaga de fuego.
Lo vió venir el bosque entre las sombras
y se puso a temblar de rabia y miedo.
Mas él siguió su viaje de centella
y se perdió en la infinitud del cielo,
donde encontrar el sol de la mañana
para colgarse de su ardiente cuello
y retornar con él hacia los campos
que en la alta noche resonar lo vieron.
El relincho volvía a su caballo
que lo estaba aguardando en su potrero.

INDICE

Proemio	9
Exordio	11
El Flete de la Partida	15
El Caballo de Artigas	16
El Caballo del Indio	18
El Caballo Blanco	23
El Caballo Negro	27
Tragedia sin Palabras	29
El Caballo Colorado	31
El Caballo del Tropero	37
El Caballo del Carrero	38
Asamblea inverosímil	41
Frustrado intento	45
Vagabundos famélicos	47
El Caballo de Carrera	49
Las Caballadas	50
Escamoteo	55
El Potrillo Tordillo	57
Al galope	61
Viaje nocturno	65
La Yeguada	66
La Doma	67
La Muerte del Caballo	71
El Relincho	75

Este libro se terminó de imprimir
el 24 de Setiembre de 1960, en
Impresora CHIESA Hnos. Ltda.,
Yaguarón 2060 - Tel. 2 38 31
Montevideo — R. O. del U.